

ÍNDICE

A modo de preámbulo existencial. El síndrome del centauro.....	11
Primera parte. Acerca de caminos, viáticos y moradas	23
1. El viaje.....	25
2. Viajes con viático, viajes sin viático.....	39
3. Acerca de una poética existencial del viaje literario	61
Segunda parte. Los espacios de partida y de llegada: el yo, su territorio y sus fronteras.....	81
4. El yo como morada y como creador de esa morada	83
5. El yo, ese paraje... (<i>ce lieu-dit</i>)	115
6. La frontera interior del yo	141
7. Horizonte imposible y horizonte abolido: Julien Gracq versus Dino Buzzati.....	165
8. Julien Gracq versus Dino Buzzati (II): fronteras estancas y fronteras porosas	197
Tercera parte. Al encuentro de la alteridad: de la alteridad “domesticada” al “síndrome de Villa Adriana”	229
9. Michel de Montaigne. La domesticidad itinerante y el descubrimiento del otro.....	231
10. El “síndrome de Villa Adriana”. El viaje y la creación del paisaje interior del yo.....	259
11. Juan Ramón Jiménez en New York. Lectura itinerante de <i>Diario de un poeta recién casado</i>	277
Cuarta parte. Viajes de exilio. Viajes de destierro. El yo en problemas	325

12. <i>Oberman</i> : el viaje inútil o el fracaso de la voluntad de horizonte y la morada imposible.....	327
13. Albert Camus: vuelta a Tipasa.....	367
14. Exilios o destierros. El caso Juan Ramón Jiménez	391
A modo de conclusión. El viaje en poesía	431
15. Víctor Hugo: el viajero de la noche.....	433

A MODO DE PREÁMBULO EXISTENCIAL EL SÍNDROME DEL CENTAURO

Estas consideraciones no tendrían ningún interés en la pluma de un historiador de la literatura, tampoco lo tendrían en manos de un sociocrítico que buscara en el tema del viaje un modo de definir la naturaleza o las categorías que organizan una determinada sociedad; poco interés tendrían, de hecho, en la mirada de un crítico estructuralista que buscara las diferentes organizaciones del mensaje viajero (y su contrario) el mensaje del sedentarismo. Todas estas miradas críticas se situarían en un punto de vista que exige, que crea un distanciamiento que desconoce o pretende ignorar los mecanismos emocionales que rigen las distintas críticas llamadas de identificación. Aquellas que nacen no de una llamada puramente científica respecto del objeto de estudio y no de una llamada existencial, que se allega al texto desde la perspectiva de una emoción, de una identificación, luego convertida en mirada analítica que recorre con pausas y detenimientos complacientes pero meticulosos los trayectos por los que la mirada crítica puede recorrer el cuerpo textual elegido.

La mayoría de las personas abiertas, aunque sea desde presupuestos rudimentarios, al mundo de la cultura sufren lo que podríamos llamar “el síndrome del centauro”. Deduzco el concepto y la expresión, no solo de la actitud del personaje legendario, sino del gran poema en prosa de Maurice

Guérin (1810-1839) que lleva el título de *Le Centaure* (1837). La vida de este animal mitológico se construye como una tensión entre el deseo de reclusión, que le lleva al refugio o guarida de la gruta, y la necesidad de ocupar en carrera desbocada los espacios del mundo exterior. Es decir, una dinámica entre la reclusión en la secreta soledad oscura del yo y la exterioridad abierta y luminosa de lo otro, llamémosla alteridad o realidad (en lo que esta tiene como existencia ajena y no perteneciente, en un principio, a la conciencia de la identidad del yo).

Durante los días posteriores al confinamiento de esta primavera de 2020, se ha hablado del “síndrome de la cabaña”, para poder designar a aquellas personas que, tras esos meses de reclusión, debidos al covid-19, han tenido un miedo patológico a salir de nuevo a la calle y se han refugiado en sus casas, incluso en sus habitaciones, por miedo a enfrentarse con la exterioridad. Quiero aclarar que esta necesidad patológica de refugio nada tiene que ver con la parte primera del “síndrome del centauro”. La oposición entre la guarida y el nido, como espacio maternal de protección, y la necesidad de ir al mundo abierto, en busca de horizontes nuevos, esa “voluntad de horizonte” que marca la dinámica ascensional de la especie humana, es una oposición natural. Vivimos en la “voluntad de horizonte y la añoranza del nido”, tal como digo en un estudio sobre Arthur Rimbaud, sobre el que, sin lugar a dudas, tendré que volver. Si he elegido el centauro para dar cuerpo mítico a este concepto ello se debe simplemente a la dualidad de este animal: hombre, animal, pues, de madriguera y de morada (es decir que mora) y caballo, animal de pradera y de aire libre (es decir de carrera y de ida).

El tema no me es nuevo. Jean-Pierre Richard tiene un magnífico estudio sobre este poema en su libro *Études sur le Romantisme*;¹ y yo mismo he acabado mi libro *La palabra y su habitante*, con el poema “Corcel sonoro”, al que precede una cita del poema de Guérin: “Rebosante de fuerza y de orgullo, libre, me expandía por doquier en la llanura”.

1. Jean-Pierre RICHARD. *Études sur le Romantisme*, Seuil, París, 1970.

* * *

He viajado mucho, desde siempre; desde antes, incluso, de mi nacimiento. Concebido en Toledo, en una casa que daba al Miradero (ese magnífico parque de paseo y de juegos para niños, que se extiende a la izquierda de la cuesta vertiginosa que te lleva de la Puerta de Bisagra a Zocodover y bajo el cual han construido hace unos años un *parking* disuasorio, convirtiendo una red de galerías subterráneas, llenas de ensoñación histórica, en una intrincada red de rectángulos y flechas que solo dan pie a un simulacro de la angustia, ante las prisas por no llegar a tiempo al restaurante)... concebido en esa casa —puedo ver aún el balcón de la alcoba de mis padres y, desde él, el vértigo de la caída en terraplenes (hoy domesticados) que te llevan la vista y, a veces, el deseo, hasta la Vega— y al fondo la estación de ferrocarril y el palacio Galiana... concebido, como intento convencerme a base de repeticiones, en la Casa del Miradero, me llevaron para nacer a la casa de la calle de la Ciudad, n.º 10, hoy casa casi desaparecida.

Un día explicaré el empleo de ese *casi* que me ha dejado sin morada original; aunque solo podría recordar de ella lo que me han ido contando: la razón de la mudanza (el obús caído en la alcoba de mis padres, gracias a la suerte cuando andaban de paseo), las dudas acerca de si nacía en una habitación o en otra (disputas entre médico y partera... y el médico se impuso llevándome a la alcoba de un nuevo balcón, lleno de flores este, según dicen, más luminosa y abierta que la alcoba del fondo, la que ahora debe ser un cuartucho anexo a los archivos del Ayuntamiento de Toledo).

Luego vino, al año, el traslado de mis padres a Alcobendas (provocado por el llamado exilio interior; por culpa de las condenas que acarrearón varios consejos de guerra) y las casas a las que debo tanto. Aunque también estas han desaparecido, me las he llevado en la memoria, rincón a rincón, palmo a palmo de los suelos, de las paredes y de los techos, de los corrales, las cuadras y las cochiqueras.

Desde mi más tierna infancia soy un ser sin morada. Un ser de viaje y en viaje permanente.

Luego vino Venta de Baños (un nudo ferroviario) y el inicio de mi aventura interior que me llevó, a los once años, de colegio en colegio, por Italia (dos, Grugliasco, Bairo —las dos conservadas en sus elementos individuales; una intacta, Bairo, hasta en las marcas dejadas por nosotros por los suelos de los jardines, y la otra, con sus múltiples dependencias integradas en la estructura del pueblo— intactas, sí, pero inaccesibles al yo). Solo en el recuerdo puedo recuperarlas y lo haré algún día, aunque presiento que será difícil, pues existiendo los espacios, los muros, los árboles y los setos, estos han sido decorado permanente de mis quimeras y de mis pesadillas.

Francia me ofreció, a los diez y ocho años, de nuevo dos moradas transitorias —Saint-Genis Laval y Saint-Martin-en-Haut—, que sobreviven, algo más lejanas, por los rincones de mi cuerpo, salvo algunos espacios, fuera de las construcciones; en Saint-Genis era la libertad de los parques, por los ribazos casi asilvestrados que daban a las colinas que encuadraban el curso del Ródano y el cementerio de los cerezos (mucho flor y poco fruto —los cadáveres de los hermanos muertos eran tan viejos que no daban para más—), en una esquina de la finca, y al lado del cementerio, el túnel, laberinto casi, de los lilos. En Saint-Martin-en-Haut, dentro de la construcción (magnífico *château* en su sencillez dieciochesca), mi morada fue una biblioteca, sencilla, y un poeta que me esperaba sin que casi nadie se hubiera acercado a él desde hacía muchos años, desde la Segunda Guerra, tal vez; pero fuera, también fui feliz: la explanada libre de vegetación y de adorno arquitectónico, el amplio estanque de bordes bajos y una ausencia de peces terrorífica por las aguas verdes.

Luego (¡cuántos luego!) el viaje a Madagascar. El barco no fue morada, sino para el amor imaginario y para la música —descubrimiento de Brahms. Pero a pesar de la brevedad (un año y unos días) las dos casas malgaches en las que viví sí fueron morada: la grande, el colegio, con su proyección en patios, en huertas y en corrales, casi porciones de selva —hasta perderse, allá abajo, donde los chirimoyos crecían en un bosquecillo casi virgen, por las barrancas rojas de tierra y de salvia de la altiplanicie—; la pequeña, la Casa Roja, misteriosa, de la que ya he hablado, con su

(¡oh sorpresa!) biblioteca, de nuevo, y Matisse, y Bonnard, y Vuillard esperando mi melancolía (esa melancolía que a pesar de mi vitalismo forma parte intrínseca de mi cuerpo y de mi mente y que me lleva, de cabeza, a meter mis narices, de manera irremediable, por textos que, en principio, no deberían gustarme).

Moradas de ladrillo y de piedra y, sobre todo, moradas de papel.

Después, de nuevo Alcobendas (mejor no hablar) y Bilbao, Portugalete, Santurce: frente al puerto, la casa decadente, de principio de siglo, con sus tarimas de un color rosa musgo seco y sus ratas por las escaleras del sótano y su mirador frente al acantilado de Punta Galea, y la casa normal del callejón de Juan XXIII... y la casa encumbrada en un octavo piso que era como un décimo, con el mar enfrente y el monte a las espaldas (y lo veías todo... sobre todo los barcos que se iban y los barcos que llegaban).

Y, de nuevo, después, Madrid; Madrid ya como morada, no como visita ni como colegio. Pero ya nunca más Toledo, tan cerca pero tan lejano —e imposible—.

Creo que la calle del Paseo de la Habana no conseguirá desprenderse nunca de la impregnación mental que he ido dejando por sus paredes: miles de páginas escritas frente a unos muros blancos que era imposible pintar, pues el yeso se descascarillaba, pero a base de paciencia y de amor (era nuestra casa) conseguían coger una blancura digna o un azul grisáceo, en el salón, acorde con el fondo de la tapicería de las sillas.

Y la casa de ahora; toda ella un mirador abierto de par en par a la Casa de Campo, con sus crepúsculos (un día escribiré los crepúsculos de la Moncloa, entre cósmicos y políticos) y sus, y sus, y sus...

Si alguien ha pensado en ello, que se quite la idea. No estoy pensando en reescribir la tercera parte de *Del lado de los Swann*, a lo Proust, con su ensoñación proyectada por las paredes y los techos de las habitaciones. Si me ha salido este rápido recordatorio de las casas en las que he vivido, justo antes de poner a ordenar el libro que tengo que llevar a la imprenta, con el título de *Voluntad de horizonte y añoranza*

de morada. Identidad y alteridad en el viaje existencial literario, no ha sido para recrear estas casas y salvarlas del olvido; mal lo habría hecho, de ser así: he pasado en volandas por sus rincones, sus superficies, sus protuberancias. Solo me interesaba poner de manifiesto lo mucho que he viajado, no como viajero que recorre mundos para volver tarde o temprano al nido del que se ha ido cuando llega cada primavera (gesto existencial que trataremos como “el síndrome de Rimbaud”); no como viajero que ha paseado su cuerpo y su mente en múltiples moradas, casi todas recordadas desde la felicidad, a pesar de que eran metonimia de una evidente carencia.

Mi razón ha sido mucho más vulgar, pero necesaria: sé, en carne viva, de lo que voy a hablar. He experimentado desde niño esa dinámica, en alternancia brutal, del viaje y la morada (ausente). Tengo clavada en la médula de todos mis recuerdos la sensación desoladora de mi llegada a la estación de Venta de Baños, a las dos o las tres de la madrugada, en el expreso nocturno, tras un insensato viaje en un vagón de tercera: llegar a la estación, bajar la escalerilla del tren con una maletita de cartón, ver una estación vacía, completamente vacía, y adivinar, poco a poco, la figura casi diminuta de un hombrecillo con sotana que me esperaba: el hermano Urbano, ser insignificante en mi vida salvo por ese gesto, esa aparición que me fue más una experiencia de soledad que de posible acompañamiento.

* * *

Un día, inmerso en ese mundo en derrubio que conforman las ruinas de la Villa Adriana, en Tívoli, después de haber recorrido “las márgenes del Nilo” reducido a piscina, con el nombre evocador de *Ninfeum* (la galería derruida que la rodea, con su alternancia de arcos y de travesaños, conformando una especie de festón sobre el azul del cielo), me senté por unos instantes en el suelo de la parte periférica del *Teatro acuático*, apoyado casi a una de las columnas jónicas que se reflejaban con intensidad de porcelana en el agua estancada, imaginándome como podía ser la conciencia “viajera” del todopoderoso que se retiraba en ese habitáculo

que se había preparado en el centro del estanque circular, para poder meditar a sus anchas, en soledad cuajada de imágenes de todo el mundo, por él recorrido y conquistado.

Reducir el cosmos conocido, su cosmos, a palacio, en un esfuerzo por convertir en morada los espacios que, mucho o poco, pero con intensidad de sueño y de deseo, habían sido, eran, tuyos.

Me propuse en aquel instante escribir un poemario en el que cada rincón de la Villa Adriana sería el germen de un poema y cada poema, impregnado por la magia abandonada de ese rincón, sería como la metonimia de un momento de mi vida.

Había leído las páginas (unas de una belleza increíble, otras bastante deleznable) que F. de Chateaubriand había escrito sobre la villa en su *Viaje a Italia* y pensé que yo podía hacer algo similar, pero más unitario, más centrado; una transposición más fiel de los espacios reales a palabra; no porque me sintiera superior en deseo de escritura al autor francés, que tanto admiro, sino porque me di cuenta enseguida que, ante aquella grandiosa ruina diseminada por varias hectáreas, yo había captado mejor el espíritu de Adriano: en los sitios a los que llego intento guardar silencio, me esfuerzo en que mi yo no diga nada durante unos largos instantes e intento captar el genio del lugar, "Le génie du lieu" (así lo llama el novelista, poeta y pensador Michel Butor en su ensayo con ese título), intentado que las frondas, las paredes o las barrancas se conviertan, aunque solo sea unos instantes, en moradas de mi espíritu. Lo suelo conseguir en algunos casos, y, entonces, me lleno de una satisfacción brutal, de una felicidad apaciguada que permitiría sentarme allí, en algún rincón del suelo y permanecer largas horas en espera de una revelación. Chateaubriand, lo vemos en su *Viaje a Italia*, pero también en su impresionante *Itinerario de París a Jerusalén* (1811), cuando llega a un lugar desconocido lo recorre, toma posesión de lo que él considera su esencia; pero esta esencia no es sino la resonancia que se establece entre su mirada y su sentir y las formas y vibraciones del lugar que visita: todo aquello que lo visitado le complace no es sino un duplicado en eco emocional y cultural de una parte de su yo o de su Francia: ya sea el muro de Villa Adriana en el que graba su

nombre, a modo de vulgar *grafitero*, o en Jerusalén, donde la comunidad de monjes no hace sino recordarle las comunidades de monjes que ha dejado en su patria. A esta actitud de viajero, incapaz de captar el objeto de su viaje, como signo y alma de cierta alteridad, me gustaría llamarlo “síndrome de Chateaubriand”, tan fuerte es la intensidad identitaria y excluyente con la que en él se manifiesta.

Ese impacto emocional que, tras Stendhal, en su famoso texto del viaje *Roma, Nápoles y Forencia* (1817) —“Saliendo de Santa Croce, me latía el corazón, la vida estaba agotada en mí, andaba con miedo a caerme”—, texto que enuncia lo que todo el mundo conoce como “síndrome de Stendhal”, de manera abusiva, a mi parecer (pero volveré sobre el tema), ese impacto lo sentí, a mi manera, en la Villa Adriana. Solo me ha ocurrido en dos o tres sitios más, a lo largo de mi vida; la más fuerte, la primera vez que entré en la catedral de Amiens: venía de leer las esculturas de la fachada durante más de una hora, de pórtico en pórtico, de archivolta en archivolta, por pisos, hasta donde la vista ya no me alcanzaba; había sido un placer artístico, casi intelectual, que difícilmente podré recuperar ante cualquier otro edificio, y al entrar, dirigiéndome con los ojos casi cegados por el sol de agosto hacia el centro de la nave principal, me quedé con la cabeza baja un momento, solo para descansar. De pronto, los alcé, como llevado por un resorte interior y, sin saber por qué, en un principio, pues nada miraba y nada había venido al encuentro de mis ojos de improviso, me quedé como sin respiración, cuajado, con las manos caídas a lo largo del cuerpo y sintiéndome en el interior de un espacio infinito. Nunca he tenido la sensación de hallarme en el centro de un espacio espiritual, sin materia, pues era como si los muros no existieran y los arcos hubieran proyectado sus bóvedas hacia unas distancias que me era imposible aprehender con los sentidos. La sensación duró tan largos minutos que perdí la noción del tiempo y de la situación y, cuando volví en mí, mi mujer andaba perdida por las filigranas de los ventanales.

La segunda vez que fui a Amiens, años más tarde, bastó con que hubieran instalado en el centro de una de las naves algo así como una especie de tablaro para menesteres docentes, para que no sintiera nada de esa especie de éxtasis

espiritual provocado por un espacio casi vacío. Y la catedral que había sido morada de mi espíritu durante varios años, en el recuerdo, estuvo a punto de dejar de serlo. No fue así, porque me salí corriendo para compensar la catástrofe emocional interior con la contemplación de la fachada, apoyado en el muro del palacete que se levanta frente a la catedral en la esquina norte de la plaza.

Chateaubriand no es capaz de crear moradas para su espíritu en los lugares por los que va pasando; después de haberlos aprehendido con una profundidad plástica prodigiosa, como artista, los tritura, los devora y, siendo su yo, desde el punto de vista ontológico, un hueco voraz, los convierte en carne de su propio ser; al servicio de una existencia sin morada física fija, en permanente errancia,² expulsado, ya, del seno de su madre con la ayuda de los fórceps, y facilitando, así, su desaparición.

* * *

Transitas por el mundo; llegas a algunos lugares porque sabes que se van a convertir en tu morada material y estos lugares a veces también se convierten en morada espiritual, enriqueciendo tu lista de posesiones imaginarias. Otras veces viajas y llegas a lugares a los que vas de visita y toda visita nace con la perspectiva del tránsito; pero algunos de estos lugares tienen tal fuerza, despiertan tales resonancias en tu ser que se apoderan de ti, te instalan en sus estancias y te convierten en morador de sus oquedades mágicas. Otros espacios, también podrías asumirlos como moradas del ser, pero puede haber algo en ellos que te rechaza y te alejas de ciertas abadías abandonadas, de ciertos castillos convertidos en posadas, de ciertos cementerios bretones, con la pesadumbre de no haber alcanzado el grado de complicidad —de como-

2. No es la única vez que emplearé este término, aún no asumido por la oficialidad académica, pero perfectamente adecuado para lo que quiere significar y perfectamente integrado en la serie de sustantivos que conceptualizan una actitud, un gesto o un modo de hacer, gracias al postfijo *ancia*. El hecho de que Juan Ramón Jiménez lo emplee, ya es suficiente autoridad para que yo pueda emplearlo. Actuaré de la misma manera frente al sustantivo *itinerancia*.

didad espiritual del ser— que te hubiera permitido quedarte en ellos como uno de sus moradores. Tal vez sea eso: que te sientes como uno más de sus posibles moradores, al no haber ocupado tu deseo la totalidad del espacio que se te ofrecía, dejando huecos para otros que te molestarían con los susurros y los temblores de sus andanzas nocturnas de conciencia.

Hay, en cambio, viajes que te llevan a lugares maravillosos, nunca soñados porque no habías visto nunca nada que se les pareciera. Llegas y te deslumbran: tal palacio colgado sobre el Bósforo, tal templo perdido en medio de la jungla tailandesa, tal mezquita con el cielo azul cuajado por sus cúpulas y el verde de las lianas trepando en azulejos por sus paredes, tal bosque profundo como un ábside deshilachado, perdido por un laberinto de montañas, tal pueblecito feliz, con sus casas adornadas con cursilería germánica, como para una kermese eterna... Pero sabes, desde la llegada, que nunca podrán convertirse en tu morada.

Viviendo bajo el “síndrome de Adriano” desde el día en que visité y me instalé para siempre en su villa, múltiples veces me he preguntado el porqué de esa línea divisoria cuya huella se ha ido ahondando con el pasar de los años —con la acumulación de viajes, ahora ya sin necesidad de hacerlos y no como cuando era niño—, de ciudad en ciudad, de casa en casa, de internado en internado y solo por haber decidido que mi vida no iba a ser de este mundo (hasta que me fui dando cuenta de que solo hay este y que el imaginario se me iba deshaciendo por el entresijo de las ideas que mi mirada crítica iba trenzando).

* * *

Este libro va a intentar poner orden a todas estas sensaciones; sensaciones críticas más que ideas. Voy a fijar las líneas divisorias que trazan y separan los distintos *síndromes* que he ido enumerando y otros que irán saliendo. Intentaré poner de manifiesto la materia y función de los conceptos de morada y de viaje; analizaré cómo se construye sobre ellos la dinámica antitética de la existencia: la voluntad de

horizonte y la añoranza del nido. Intentaré ver en qué modo un ser casero y comodón, como Michel de Montaigne, no sabe vivir si no es sobre “el lomo de su mula”; por qué el ejemplo más manido de joven rebelde (Arthur Rimbaud), que huye de su casa, apenas tiene conciencia de adulto, lo hace cada primavera, para volver a ella cada invierno, migración similar a la de las golondrinas; por qué ese ser neuróticamente ensimismado (al menos en apariencia) que se llama Juan Ramón es capaz de captar la alteridad de una ciudad como *New York* (así lo escribe él, con sumo respeto del otro), hasta en sus más finos e irónicos detalles, mientras que un ser “social”, teatral, como García Lorca convierte a Nueva York en una fastuosa y mancillada metáfora o metonimia del sí mismo que aún no puede asumir y necesita disfraces para decirse, como en los diez sonetos del “amor oscuro”.

La composición de mi libro no va a ser la de un tratado tradicional, con una organización y una progresión en las que todo está perfectamente ligado. Mi espíritu posmoderno defiende el valor de objetividad que contiene en sí mismo el fragmento, el ensayo que nace como singularidad parcial significante, frente a una idea que tiene que modificarse, modularse, perfilarse, ampliarse con el fin de poder ser integrada en un todo homogéneo, el tratado. Pero estos ensayos singulares, cada uno a su modo, tienen la coherencia interna de las ideas existenciales que acabo de exponer. Este valor de pensamiento y de análisis impregnados de existencia son los que podrán dar su valor general a este libro. No expongo una teoría del viaje como metáfora de la existencia; después de ligeras consideraciones teóricas analizo diferentes viajes en los cuales se ha manifestado un modo particular, en ocasiones contradictorio, de esta existencia.

Al pretender que este libro nazca como un ensayo, en dialéctica entre la experiencia personal directa y la experiencia indirecta de la lectura, ha sido insoslayable que los textos estudiados pertenezcan a las lenguas que me sirven de colchón matricial para mi pensamiento: el español, el francés y el italiano. Eso me lleva a trabajar textos en las tres lenguas cuyo fondo puedo comprender y analizar con naturalidad. He querido que eso se refleje en mis citas.

Cito en las tres lenguas y solo cuando considero necesaria la traducción, traduzco personalmente los textos. Cuando la cita aparece en lengua no española me esmero en que, sin traducción, el texto mío que envuelve y explica la cita la haga más accesible al lector. Este procedimiento hace más transnacional mi reflexión sobre una acción y un tema que, por naturaleza, ya lo son.

© del texto: Javier del Prado Biezma, 2021
© de esta edición: Pagès Editors, SL, y Universitat de Lleida, 2021
C/ Sant Salvador, 8 - 25005 Lleida
www.pageseditors.cat
editorial@pageseditors.cat
Primera edición: abril de 2021
ISBN: 978-84-1303-267-2
DL: L 214-2021
Impresión: Arts Gràfiques Bobalà, SL
www.bobala.cat

Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <www.cedro.org>) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.